

RELATO AUTOBIOGRÁFICO DE UNA DOCENTE VENEZOLANA MIGRANTE EN COLOMBIA

*Narvelis Rondón Araújo*³⁰⁹

Introducción

Venezuela es una nación inmensamente rica, con recursos naturales espectaculares, llena de hermosos paisajes, con un patrimonio cultural admirable, con héroes que lucharon por la libertad y llenaron de orgullo los corazones de los venezolanos. Hace 20 años, nuestra gente era alegre, servicial, amable, perseverante y hospitalaria; estos son solo algunos de los adjetivos que nos describían en cualquier lugar del mundo. Muchos de nuestros personajes han marcado la diferencia en la sociedad con sus aportes tanto en la ciencia, la música, el teatro, el deporte, entre otros; asimismo, poseíamos recursos económicos que nos develaban ante el mundo como una potencia.

Nací un 15 de abril de 1990, en la ciudad de Valera, Estado Trujillo, que pertenece a la zona andina; es un pueblo pequeño, representativo por sus lugares pintorescos con maravillosos paisajes de montaña, cuya cultura es muy servicial, tradicional y educada. Tuve la fortuna de crecer en una familia de raíces humildes, unida, trabajadora y honesta. Soy la mayor de tres hermanos, mi hermana Heridy y José Neres, el menor de los tres, son mis mejores amigos, cómplices de travesuras, incondicionales en las buenas y las malas. Son la razón de ser de muchas de mis luchas, me inspiraban a darles el mejor ejemplo y construir un camino para ellos.

³⁰⁹ Licenciada en Educación Integral. Universidad Experimental de las Fuerzas Armadas, Venezuela. elizabethrondonaraujo@gmail.com

Gracias al esfuerzo de mis padres, tuvimos una casa propia y una camioneta. Mi madre, Noraima, ha sido un ejemplo de perseverancia por mucho tiempo y siempre me inculcó el beneficio de estudiar; ella se graduó de licenciada en Educación Preescolar hace años y recientemente hizo otra carrera a distancia en el área de Dificultad del Aprendizaje. Mi mamá siempre ha luchado para no dejarse caer ante los problemas de la vida. Ella tuvo cáncer en el seno y, gracias a mi Dios, a su actitud, al apoyo incondicional que le brindamos, pudo superar esa enfermedad que rompe toda confianza y fe. Se recuperó, sigue trabajando en la docencia, no dejó de hacer lo que la apasiona, a pesar de las adversidades.

Mi padre, José Neres, es un personaje, único e inigualable, servicial, atento, educado, un líder; para mí, ha sido el mejor papá del mundo. Me ha apoyado en todo momento, me ha aconsejado, guiado y ha creído en mí; siempre ha sido incondicional y emprendedor, aunque no haya terminado la secundaria, ha trabajado toda su vida, para brindarnos un mejor futuro y oportunidades. Su sueño siempre ha sido vernos felices junto a él. Esta es mi familia, el tesoro más preciado que un ser humano puede tener, mi primera escuela, en la que aprendí los valores que hoy en día son tan escasos en una sociedad corrompida por el agitado mundo, en el que respetar, ser humilde y honesto es sinónimo de debilidad.

Los padres de hoy en día andan tan ocupados que no se preocupan por sus hijos, están ansiosos por construir montañas de dinero, piensan que los bienes materiales sustituirán el amor, la comprensión que necesitan los niños. Este es uno de los grandes vacíos que hoy en día existen en nuestra sociedad y por ende en la educación.

En el presente relato, plasmo mi experiencia de vida como una docente venezolana migrante en Colombia. Comienzo por mi formación académica, mis inicios en la docencia y, posteriormente, mi experiencia como migrante. Concluyo con algunas reflexiones acerca del sistema educativo en Latinoamérica y cómo afecta la migración a quien se desempeña en la educación.

Ser maestra

Un refrán anónimo reza: “En Japón, el único profesional que no precisa reverenciar al emperador es el profesor, pues, según los japoneses, en una tierra donde no hay profesores, no puede haber emperadores”. A través del tiempo, muchas culturas han visto en el docente a la persona más

influyente de la sociedad. Así, cuando comprendí el rol tan importante de la docencia en la construcción de las nuevas generaciones, me enamoré por completo de esta bella profesión. De esta manera, comienza mi historia como docente. Llegué a la docencia en la búsqueda de darle sentido a mi vida; comencé a estudiar la Licenciatura en Educación Integral, porque me sentía vacía: antes de tomar esta decisión, cursaba el séptimo semestre en Contaduría Pública en el Núcleo Rafael Rangel de la Universidad de los Andes en el Estado Trujillo, de donde provengo.

Recuerdo que estaba sentada en un salón, eran las 8:30 a. m., estaba en clase de contabilidad, la profesora hablaba sobre los tipos de balances; mientras ella resolvía algunos ejercicios en el pizarrón, observé a mi alrededor y me cuestioné: ¿esto es lo que realmente quiero hacer el resto de mi vida?, ¿esto me hace feliz?, ¿estar en un escritorio día y noche sacando cuentas?, ¿qué puedo dejarle a la sociedad, si ejerzo esta profesión? En ese instante, decidí que debía buscar otras alternativas, algo que de verdad me llenara como persona.

Por mucho tiempo mi sueño fue estudiar la Licenciatura en Educación Física. Sin embargo, cuando me gradué de bachiller, mis padres no tenían la posibilidad de enviarme a estudiarla, pues esta carrera la daban en Mérida, otro Estado que queda a siete horas de Trujillo. Por motivos económicos, era inconcebible que me fuera a otra ciudad, ya que ocasionaría muchos gastos; pero el motivo más fuerte era la lejanía del núcleo familiar: somos una familia muy unida. Esta razón fue la que me alejó del sueño de ser profesora en Educación Física y me llevó a comenzar la carrera en Contaduría Pública, sin pensar que más adelante no llenaría mis expectativas.

Desde muy pequeña, tuve afinidad por los deportes; sin embargo, no fue sino hasta los catorce años que pude practicar el fútbol de salón. Mis padres no veían la importancia de hacer actividades extracurriculares, no sabían el beneficio que conlleva para los niños y adolescentes. No obstante, me apoyaron cuando comencé a entrenar. Me di cuenta de que era algo que me apasionaba y descubrí que era muy buena como portera o guardameta -una posición privilegiada, no todos son capaces de asumirla-; esto fue algo totalmente nuevo para mí, desafiante y muy gratificante. Con el tiempo, llegué a ser una deportista de alto rendimiento, de tal modo que tuve la oportunidad de representar a Venezuela en otros países, gracias al gran talento de mis entrenadores, esenciales en mi crecimiento como deportista, expertos en sacar la mejor versión de mí.

El deporte cambió mi vida por completo, hizo de mí una persona segura, con coraje, capaz de afrontar los retos que la vida me colocaba, de superar fracasos e intentar las veces que fuera necesario para lograr mis metas, de sentirme una persona exitosa y siempre trabajar para ser cada día mejor.

Con el tiempo, llegué a practicar varias actividades en mi día a día, estudiaba Contaduría Pública y entrenaba con la selección del Estado Trujillo; representaba al Estado en diferentes competencias de alto rendimiento a nivel nacional, lo que me llevó a conocer gran parte de mi amada Venezuela.

Un día llegó al entrenamiento el preparador físico del equipo con una propuesta académica; abrirían la carrera de Educación Física en la Universidad Experimental de las Fuerzas Armadas en Betijoque, la cual quedaba a una hora de donde vivía. En esa medida, ingresaríamos por medio del deporte y comenzaríamos a cursar el primer semestre en la Licenciatura en Educación Integral, con la promesa de que el próximo semestre abrirían la Licenciatura en Educación Física.

Con gran entusiasmo me inscribí en la universidad, iniciaba otro reto en mi vida, una nueva ilusión, por fin haría realidad mi sueño. Pero la vida tenía otros planes para mí; estudié los primeros semestres esperando el ansiado momento de cambiar de carrera, lo que no sucedió, pues finalmente no la abrieron. Esto me desilusionó profundamente y cada semestre me quería retirar de la universidad; sin embargo, gracias al apoyo incondicional de mis compañeras y de mi familia, seguí adelante con mis estudios universitarios, lo que les agradezco inmensamente.

Tras el estrés que me ocasionaba estudiar en dos universidades y ser una deportista de alto rendimiento, opté por renunciar a la carrera de Contaduría Pública, ya que me apasionaba más la educación y el deporte. Una vez en las prácticas profesionales, pude entender lo hermoso que era enseñar, ser agente de cambio, construir una sociedad que luche para que el mundo sea un mejor lugar para vivir y ser feliz. La educación es un pilar fundamental en la sociedad, a través de esta podemos transformar, crear y trascender en las futuras generaciones. Solamente en la educación está la semilla para alcanzar un mundo mejor y nosotros somos los responsables de sembrarla.

En este contexto, ya tenía muy claros los principios elementales de la educación. A medida que desarrollaba mi proceso académico, se fueron presentado grandes eventos políticos en el país, que ocasionaron

descontento en la población y fui notando cómo el sistema educativo poco a poco se iba distorsionando, creando e idealizando una doctrina política, un pensamiento socialista destructivo.

Al final de mi carrera, como requisito para graduarme, debía presentar un proyecto de grado. Mi idea principal fue elaborar un proyecto sobre la aplicación de juegos didácticos innovadores para desarrollar habilidades cognitivas en los estudiantes. Bajo mi criterio, el educando obtiene un mejor aprendizaje, si se encuentra relajado, sin estrés ni presión, lo que se logra a través del juego; así, el estudiante estará dispuesto e interesado en adquirir nuevos conocimientos y obtendrá un aprendizaje significativo: el fin de cualquier actividad docente.

En ese semestre no logré presentar mi proyecto de grado, tuve que decidir entre presentar el proyecto o jugar la liga profesional de microfútbol en Colombia en el año 2013. Una decisión difícil, pero, dado que el deporte es mi pasión, jugar a nivel profesional era un sueño hecho realidad, una oportunidad que solo se presenta una vez en la vida, por lo cual desistí en la presentación del proyecto y decidí viajar hacia tierras extranjeras.

Era la primera vez que viajaba fuera del país, me dirigí hacia la ciudad de Cúcuta en Colombia, con un poco de miedo, pero llena de expectativas; pensaba y me imaginaba cómo sería la vida en otro país. Gracias a este maravilloso deporte, tuve la oportunidad de conocer otras culturas, de viajar por diferentes partes de Colombia y conocer gente extraordinaria.

Luego de terminar la temporada, volví a Venezuela, proseguí con los preparativos de mi proyecto y, a finales de ese mismo año, volví a viajar a Colombia, esta vez representando a Venezuela en el Campeonato Mundial Femenino de Fútbol de Salón de la AMF (Asociación Mundial de Futsal) en Barrancabermeja. En esa ocasión, obtuve junto a mi equipo el título de subcampeonas mundiales, primer título conquistado en esa rama del deporte femenino, una hazaña que se logró con mucho esfuerzo, sacrificio, fe en nosotras y trabajo siempre proyectado hacia el bien común. El equipo era una familia, cuya consigna era "no te preguntes qué puede hacer la selección por ti, sino que puedes hacer tú por la selección". Esta fue una experiencia única; escuchar tu himno nacional, en un evento de esa magnitud, no tiene comparación. Al entonar las notas del himno, puedes sentir cómo te tiembla la voz, el "corazoncito se te arruga" y sientes un profundo orgullo por tu país. Una sensación indescriptible.

El deporte es una ventana para hacer de los sueños imposibles algo posible, siempre y cuando trabajes con esfuerzo, dedicación y sobre todo creas en ti, en tu potencial. El tiempo de Dios es perfecto, cada esfuerzo tiene su recompensa tarde o temprano, Dios te retribuye todo sacrificio hecho con amor.

Este logro no fue tomado en cuenta por parte del Ministerio del Poder Popular para la Juventud y Deportes, institución encargada de los beneficios de los deportistas de alto rendimiento. Fue algo frustrante, porque de una u otra manera uno espera que por lo menos se reconozca el esfuerzo realizado. En este marco, confluye toda una polémica, ya que el apoyo para el fútbol femenino es casi nulo, siempre queda opacado ante el masculino y los temas de corrupción comienzan a hacerse más visibles. En ese momento, piensas que, ya que no hubo reconocimiento por parte de las instituciones del gobierno, solo queda la satisfacción del deber cumplido y los recuerdos de ese instante de gloria.

En el año 2014 volví a Colombia, me contrataron como refuerzo para el equipo de Piratas de Cúcuta para la V Liga Profesional de Fútbol de Salón "Copa Postobón". En la zona fronteriza, viví por cuatro meses, tiempo en el que pude ver el estilo de vida de un colombiano en la frontera: en las calles, se encontraban los denominados "pimpineros", que vendían de contrabando la gasolina traída de Venezuela. La economía se equilibraba tanto para los cucuteños y los tachirenses, pues, en este intercambio de actividades económicas, no había restricciones de tránsito, desde Cúcuta se podía ir en carro particular hasta San Antonio del Táchira para sellar el pasaporte, no había colas, no existía ningún tipo de problemas, los venezolanos podíamos cruzar la frontera con solo la cédula y permanecer en el territorio colombiano por tres meses como turista a través de los convenios existentes con Colombia. Este viaje despertó en mí la idea de poder permanecer en Colombia por más tiempo, sentía que posiblemente podría ayudar a mi familia, ya que en Venezuela se avecinaba un futuro incierto.

Comencé mis indagaciones para obtener información sobre los trámites de visa, pero los funcionarios no eran precisos, tan solo me decían que buscara los requisitos en la página de la cancillería. En ese momento no insistí y regresé a Venezuela para presentar de nuevo mi proyecto de grado, pero esta vez el Ministerio de Educación había implementado un nuevo sistema, el famoso "Plan de la Patria". Dentro de los parámetros de este plan, no me podían aceptar el proyecto, según el coordinador de

la carrera, pues ahora este tenía que estar enfocado en “los valores de la Patria”.

Cuando ocurren cosas como estas, te das cuenta de que tu país está mal, porque en una democracia las instituciones educativas deben ser autónomas y críticas en su pensamiento, para decidir qué camino tomar. Al sentir vulnerado mi derecho a pensar distinto, consideré no presentar ningún proyecto, me parecía injusto que me impusieran una ideología política para graduarme.

Luego de discutir intensamente con mi coordinador, no tuve otra opción más que reestructurar el proyecto, era eso o no graduarme y perder cuatro años de arduo trabajo, noches de insomnio, lágrimas, alegrías y sacrificios, para lograr terminar las materias de pregrado. El título del proyecto quedó formulado de la siguiente manera: *Juegos didácticos innovadores para fortalecer el proceso educativo en torno a los valores de la Patria en los y las estudiantes de la E. B “Padre Rosario”*. Mi idea principal sufrió un giro total, aun cuando logré salvar la esencia de mi proyecto, que eran los juegos didácticos innovadores. Tras pasar todo el proceso con los tutores y el coordinador, el proyecto fue aprobado para la ponencia final ante las autoridades de la universidad.

El día que debía presentar el proyecto en la universidad, en las calles, había una batalla campal, protestas contra el Gobierno que obstruían el paso con cauchos (llantas) quemados y basura. En respuesta, el Gobierno sacó sus tanquetas y disparaban perdigones y bombas lacrimógenas hacia los que estaban protestando para dispersarlos; no obstante, más se intensificaba la protesta, el pueblo estaba cansado de las injusticias, las muertes de estudiantes, las colas, la falta de alimentos, de insumos médicos y el discurso trillado de la supuesta “Guerra Económica”. La avenida principal se había convertido en una zona de guerra, no se podía transitar.

Aquel día, casi no llegué a la universidad, tuve que tomar una vía alterna, con muchas dificultades para poder hacer la presentación del proyecto ante las autoridades de la universidad. Gracias a Dios, al apoyo incondicional de mi familia y amigos, aprobé el proyecto, lo que me dio derecho al ansiado título de Licenciada en Educación Integral, el cual se me fue entregado en una ceremonia de acto de grado en el mes de noviembre de 2014. Dicha celebración tomó un rumbo político, al ser nombrado padrino de la promoción el ya fallecido presidente Hugo

Rafael Chávez Frías. Nos enteramos ese mismo día, cuando se anunció en plena ceremonia, lo que causó indignación entre los graduandos, que debimos resignarnos, pues, dado que la universidad es una institución pública, esta se rige por la ideología política del Gobierno.

El sistema educativo venezolano ha experimentado un profundo deterioro, los principios éticos de la educación se han deteriorado, al querer impactar ideológicamente la mente de los estudiantes que cursan estudios en cualquier institución pública o privada. Es importante resaltar que, mientras el debate político ideológico continúa, el sistema educativo se hunde, con alarmantes índices de jóvenes fuera del sistema, un altísimo porcentaje de alumnos reprobados en la educación media y una gran deserción escolar tanto de estudiantes como de docentes, que no tienen los recursos necesarios para asistir a las instituciones públicas, debido a las políticas económicas impuestas en el país que, lejos de ayudar, perjudican a la población y ocasionan una fuerte descomposición social.

En ese instante, aún no se vislumbraba el infierno que íbamos a vivir hoy en día. Todavía había esperanza de un cambio, de un mejor porvenir en mi país, pero poco a poco esas esperanzas fueron desfalleciendo y dieron lugar a decisiones que marcarían mi vida. Es triste pensar cómo un país tan rico como Venezuela, es en estos momentos un país arruinado, lleno de miseria y hambre. ¿Cómo se puede destruir un país, tan solo por una ideología política absurda? La impotencia es el sentimiento predominante en nuestras calles, no poder hacer nada para cambiar esta historia que vivimos día a día, es uno de los sentimientos más frustrantes que se puede experimentar.

Ser migrante

La graduación trajo consigo la confrontación con la realidad que vivía mi país, comenzaron mis cuestionamientos acerca de ejercer mi carrera o no, doblegar mis principios como docente ante un sistema totalitario, en el que el adoctrinamiento de masas es el común denominador. Debía enfrentarme a volverme cómplice de este “asesino de conciencias”, entrar a un sistema al que solo se puede pertenecer, si uno es del oficialismo, en el que vale más una carta de recomendación por el partido político del Gobierno, que un título profesional como docente.

En esta encrucijada, decidí no ejercer mi profesión y seguir mi carrera deportiva, trabajar con mi padre en ventas informales, mientras las cosas

se arreglaban. En ese tiempo, seguí viajando por Venezuela representando a Trujillo en diferentes competencias y ese año clasificamos a la Copa Libertadores. El Instituto de Deporte del Estado dijo que nos apoyaría, pero -como todo en el país- ya no había recursos, así que no pudimos viajar. Otra desilusión más como deportista.

En el año 2015, volví a viajar a Colombia, esta vez a representar a Venezuela en el I Sudamericano Femenino de Fútbol de Salón de la AMF (Asociación Mundial de Futsal), celebrado en la ciudad de Cali. En esa oportunidad, logramos coronarnos como campeonas, una experiencia inolvidable. Gracias a esto, me hicieron la invitación al equipo de Llaneras de Casanare en la ciudad de Yopal; ya en mi mente germinaba la idea de quedarme a vivir en Colombia para poder ayudar a mi familia, dada la difícil situación que podría afrontar mi país, si no cambiaba de Gobierno.

Acepté el contrato y me fui a vivir a Yopal, un cambio total de cultura; conocí muchas personas que poco a poco se fueron convirtiendo en mis amigos incondicionales. Aunque no todo es risa y alegría, también tuve dificultades. Conocí otro lado del día a día de un colombiano, seguí mi búsqueda por el preciado documento que me daría el estatus legal para ejercer diferentes actividades en Colombia, sin tener respuestas claras de cómo obtenerlo.

Los funcionarios de migración en Yopal solo repitieron la misma información que me dieron en Cúcuta: “infórmese en la página de la Cancillería”. Sin respuestas concretas, busqué la información en la página web, pero aún no entendía qué debía hacer. Una de las condiciones para optar por una visa de trabajo era tener un trabajo, pero resultaba imposible, ya que, para poder buscar un trabajo, debía tener una visa. Eran esas contradicciones las que no me dejaban avanzar, las empresas debían tener buena solvencia económica, tenía que presentar los extractos bancarios y los costos de esa visa eran altos para mí. Me sentía en un callejón sin salida.

Ya para septiembre de ese año, cerraron por tiempo indefinido la frontera colombo-venezolana. Me sentí indignada al ver cómo esas familias colombianas fueron deportadas, cada vez crecía mi descontento y crítica contra las acciones del gobierno de Nicolás Maduro, alejadas del sentir del venezolano común. Luego de terminar la temporada en el equipo de Llaneras, trabajé en un parque, estaba a cargo de un castillo inflable y de la cama elástica. Pero ya se acercaba el día en que debía salir

del país. Viajé a Venezuela antes de que se me vencieran los 180 días de permanencia legal que otorgaban como turista en el territorio colombiano.

Volví a Venezuela con la esperanza de un cambio, llegué en tiempo de elecciones parlamentarias, salí y ejercí el derecho al voto con la convicción de que esta vez sí saldríamos de este Gobierno con las acciones contundentes de la Asamblea Nacional. Efectivamente, la oposición obtuvo mayoría y logramos un espacio parlamentario importante para la reestructuración de nuestro país, eso creímos muchos, pero el desenlace fue otro.

La Asamblea Nacional se posesionó en el año 2016, pero las acciones inocentes por parte de la Asamblea al no prevenir el poder de respuesta del Gobierno, ocasionaron un fracaso, pues las maniobras políticas los dejaron sin poder constitucional, atados de manos. Por su parte, las acciones de la Asamblea no fueron inteligentes ni contundentes, lo que derivó en el descontento de las personas que los apoyaron en las elecciones: no nos sentíamos representados por esa oposición.

En consecuencia, el oficialismo se afianzó aún más y, posteriormente, surgió la famosa Asamblea Constituyente, que actualmente ejerce funciones en el Gobierno de Maduro, en el que todos los parlamentarios son simpatizantes del oficialismo. En razón a esto, se ha generado una atmósfera de anarquismo y descontrol, debido a que muchas personas no están preparadas para dirigir y tomar decisiones, por lo cual han obtenido nefastos resultados en nuestro país.

En medio de este descontento, surge la necesidad de salir del país y buscar nuevos horizontes. Ser una inmigrante no ha sido fácil, es un choque cultural, en el que debes dejar todo lo que fuiste y nacer de nuevo, comenzar desde cero. Así inicia otro episodio en mi vida.

Para entender lo que es la migración, es importante tener claras algunas definiciones como la movilidad humana. Según la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), es la “movilización de personas de un lugar a otro en ejercicio de su derecho a la libre circulación (...) es un proceso complejo y motivado por diversas razones (voluntarias o forzadas)”. En el caso venezolano, la emigración ha tomado dimensiones preocupantes.

La actual crisis social en Venezuela es consecuencia de un proceso de deterioro progresivo de la economía, encubierto por el actual Gobierno

bajo el pretexto de una denominada “guerra económica”, pero mostrado por organismos internacionales e instituciones del país, que vislumbran una profundización en los índices de pobreza, escasez y pérdida de la capacidad adquisitiva del venezolano. Lo anterior ha dado lugar a una crisis humanitaria alarmante. Esta ola migratoria se fue incrementando a medida que transcurría el tiempo y el Gobierno se perpetuaba en el poder, situación que actualmente ocasiona el mayor éxodo de migrantes venezolanos que se haya tenido a nivel mundial.

Cuando decidí regresar a Colombia por las razones antes mencionadas, retorné a la ciudad de Yopal donde me habían ofrecido jugar en el mismo equipo y seguir laborando en el parque. Lo más difícil de este viaje era salir de mi tierra otra vez, pero con la certeza de quedarme el tiempo necesario para estabilizarme y poder brindarle una calidad de vida a mi familia, sin saber cuándo los volvería a ver, cuándo retornaría para compartir con mis amigos, ¡eran tantos sentimientos encontrados! Recuerdo que estaba acomodando la maleta, pensando cómo podría resumir mi vida en una simple maleta. Quería meter en ella a mi familia.

Llegó el momento de abordar el bus, entre llantos y sollozos, mis padres y mis hermanos me dieron un abrazo con tanto amor, que no quería soltarlos, pero ya debía marcharme. El bus arrancó. A medida que se alejaba, sentía que moría lentamente, dejaba parte de mi corazón en mi tierra amada. Esta experiencia, sin duda, marca intensamente el alma.

Al llegar a la frontera fui a sellar el pasaporte en San Antonio del Táchira, cuando un funcionario de migración me informó que estaban pidiendo un boleto aéreo a un tercer país, porque no estaban sellando si ibas a Bogotá o cualquier parte de Colombia. Era una medida excluyente, pensé. No entendía cómo el Gobierno podía tomar ese tipo de decisiones tan absurdas, que solo perjudicaban al pueblo. Cada vez se afianzaba mi descontento absoluto en contra del gobierno de Maduro.

Sin poder sellar la salida de Venezuela, me las ingenié para poder pasar los controles militares que había en la frontera. Cabe destacar que, finalmente, gracias a mi condición de deportista, pude pasar, si no, tendría que haber pagado a los guardias o quedarme estancada en la frontera. Pasé el Puente Internacional Simón Bolívar y en el puesto de control migratorio de Colombia pude sellar el ingreso al país. En el terminal de transportes de Cúcuta, me esperaban otras compañeras que viajarían conmigo hasta Yopal.

En Yopal, las promesas de trabajo se desvanecieron, el equipo en el que jugaría no contó con el apoyo necesario para estar en la competencia, lo que desintegró al grupo. Esta situación cambió todas mis condiciones como deportista, lo que me llevó a buscar otras alternativas de ingreso. Gracias a una amiga docente, que me recomendó para dar clase en un colegio, me pude desempeñar en el área de deporte.

Me hicieron la entrevista, a la directora le gustó mi hoja de vida, aunque no estaba convencida, porque necesitaba una visa de trabajo; asimismo, debía tener EPS para afiliarme y hacerme un contrato, documentos que no poseía. Le argumenté a la profesora que me diera una oportunidad para poder trabajar, que yo me hacía cargo de cualquier inconveniente con respecto a mi salud y que estaba en proceso para sacar la visa.

La profesora confió en mí y me dio el trabajo; así, comencé dando una hora diaria de educación física, danza y recreación a diferentes grupos, y luego me fueron aumentando las horas académicas. Esta fue mi primera experiencia como docente migrante en Colombia. A esta institución llegaban todos los estudiantes que por alguna razón eran expulsados de los otros colegios, era una población difícil, pero el docente era libre para enseñar, no se enviaban tareas, sino que todo se desarrollaba en la institución. Los niños y adolescentes eran inquietos, pero muy cariñosos, receptivos y curiosos. Me encantaba hacer actividades que despertaran la creatividad y el interés del educando.

En mi búsqueda por el ansiado estatus migratorio, seguí indagando para sacar la visa; fui de nuevo a migración, pero la respuesta era la misma. Luego de tanto investigar, leer una y otra vez los requisitos, decidí sacar la visa de estudiante, ya que era menos costosa y más accesible. El problema ahora sería el dinero.

Con mis amigas adelantamos varias actividades para recolectar el dinero necesario, vendimos arepas y arroz atollado. Con mi sueldo y algunos préstamos de amigos, alcance a reunir \$700 000 pesos, el dinero suficiente para inscribirme en un Instituto Tecnológico. La inscripción era de \$380 000 pesos, para poder solicitar las constancias de estudio, uno de los requisitos para obtener la visa. El costo de esta visa, en dólares, era un equivalente a unos \$200 000 mil pesos, y el pasaje costaba \$110 000 mil pesos, ida y vuelta, para viajar a Bogotá. Lo demás era para transporte interno y comida.

Un amigo que vivía en Bogotá, me orientó sobre cómo llegar a la cancillería, donde me solicitaron el pasaporte, lo revisaron y de inmediato me dijeron: “no aplicas para ninguna visa”. Lastimosamente, mi pasaporte se vencía en los próximos dos meses y la vigencia mínima era de tres meses para sacar cualquier visa. No me dejaron explicarles que en Venezuela era casi que imposible sacar un pasaporte. Se truncaron todos mis sueños de permanecer en el país de manera regular. Todos mis esfuerzos habían sido en vano. Debía salir del país la próxima semana.

De retorno a Yopal, pensaba qué iba hacer, no podía volver a Venezuela derrotada, sin dinero, sin la posibilidad de volver a Colombia. Decidí quedarme irregular, viajaría hacia la frontera más cercana, Arauca era ahora mi destino; sellaría el pasaporte para que no me multaran y entraría por trocha a Colombia de manera irregular. Ese era mi plan. Así fue que llegué a las 5:00 a. m. a Yopal un sábado, cansada y triste, pero con la convicción de quedarme en el país. Ese mismo día, a las 6:00 a. m., tomé un bus hacia Arauca.

En el viaje casi no había comido, pues debía ahorrar la mayor cantidad de dinero; a lo largo del camino, vi muchos retenes en la carretera, era una zona muy militarizada. A las 12:30 p. m., ya había llegado al terminal de Arauca y le pregunté al señor que vendía los boletos por la salida del próximo bus hacia Yopal: había uno que salía a las 2:00 p. m. Mi objetivo era llegar a la frontera, sellar la salida y devolverme, sin que se dieran cuenta las autoridades, en medio de la confusión de la gente, sin necesidad de pasar a Venezuela. Pero una cosa es lo que uno piensa y otra la realidad. Sin conocer la zona, no me imaginaba lo que me aguardaba ese sábado.

Tomé un taxi y me dirigí hacia el puesto migratorio ubicado al inicio del diminuto puente. No había mucha gente, me hicieron varias preguntas, el funcionario me selló el pasaporte y le dije que me devolvería al terminal, porque se me había olvidado hacer el cambio de pesos a bolívares; él me contestó que tenía que cruzar el puente, que cambiara los pesos en Venezuela, pues ya no podía regresarme o me multaría. En ese instante se me desmoronó todo. Al otro lado no conocía a nadie, no sabía nada acerca de la trocha, solo que era peligrosa.

Sin mirar atrás, caminé por el puente, quería llorar, me sentía indefensa, nerviosa, mis manos temblaban y sudaban. Cuando llegué al otro extremo del puente, había un puesto militar venezolano donde, al verme nerviosa, me solicitaron el pasaporte, me hicieron unas preguntas

un poco abrumadoras, me revisaron el bolso, los zapatos, en búsqueda de algo más y, al no conseguir nada irregular, me dejaron ir.

Ya en territorio venezolano, encontré unos señores, conductores de los buses con ruta al terminal de Apure; asustada, sin saber qué hacer, me acerqué a uno de ellos y le pregunté “¿cómo hago para pasar a Colombia de nuevo?” y él muy tranquilamente me llevó hacia un caserío cercano, buscó a un señor y le dijo que tenía una pasajera. Luego de unos minutos, me dijo que lo siguiera, era un camino lleno de lodo y ranchos, muy humilde todo. Caminamos aproximadamente cinco minutos hasta llegar a una pequeña canoa, en la que me subí; ya no pensaba, quería salir de ahí lo más pronto posible, tenía los pies llenos de barro, el corazón se me iba a salir. Esperamos un instante, mientras llegaban otros pasajeros.

Ya listos para cruzar el río, ocho personas arrancamos en la canoa, regresábamos a Colombia de manera irregular, en un trayecto que no duró ni cinco minutos, pero que estuvo dominado por un intenso sentimiento de que me iban a perseguir para deportarme; sin embargo, traté de no pensar en eso. Al pisar tierra de nuevo, llegamos a otro caserío, pero parecía peligroso; no me arriesgué y llamé un taxi, mi objetivo era llegar a las 2:00 p. m. al terminal para irme de una vez en el bus que salía a esa hora de regreso a Yopal.

El taxi llegó y al subirme sentí un gran alivio. Era la 1:40 p. m. y le dije al taxista que me urgía llegar al terminal; el taxi iba lo más rápido posible y efectivamente llegué a la hora indicada, me bajé del taxi corriendo, apurada para poder abordar el bus. Cuando fui a comprar el pasaje, el vendedor me dijo que el bus de las 2:00 p. m. no iba a salir, porque estaba accidentado. El único bus que salía para Yopal, estaba pautado para las 5:30 p. m.

Compré el pasaje, no me quedaba otra opción, sino esperar en el terminal. No había comido nada en el transcurso del día, estaba sudada y asustada por la situación intensa que había vivido; pensaba en lo que pasaría si me llegaban a pedir los documentos. Mi cabeza estaba hecha una locura, solo respiré y dejé las cosas en manos de Dios. Eso me dio la tranquilidad que necesitaba en ese momento.

Cuando iba camino a Yopal, solo oraba para que ningún policía se subiera al bus pidiendo los documentos. Me quedé dormida en el trayecto, estaba muy cansada. Al llegar a Yopal, me esperaban mis amigos

asustados, sin saber qué había pasado. Les conté que no había logrado la visa y que debía quedarme irregular, lo que hizo muy tensa mi estadía en esta ciudad.

Hablé con la directora del colegio donde trabajaba, le expliqué que no podía seguir trabajando con ellos, pues no me habían otorgaron la visa y si seguía allí podía ocasionarles problemas. Con mucho dolor tuve que tomar la decisión de viajar hacia otra ciudad. Unos amigos que tenían empresa en Bogotá me ofrecieron un trabajo en Barranquilla, en un restaurante que inaugurarían en un pueblo llamado Baranoa. Pensé que la mejor opción era estar en un sitio en el que no me conocieran, más aún si era un pueblo. Así que decidí emprender un nuevo viaje.

Otro cambio cultural. Cuando llegué a lo que sería mi nuevo trabajo, este no era como me lo habían planteado, ni lo que me había imaginado, pues, prácticamente, viviría en el mismo lugar de trabajo. Trabajaría de 7:00 a. m. hasta las 10:00 p. m. de lunes a lunes y el pago no era justo; sin embargo, mi única opción era quedarme. Me habían prestado el dinero de los pasajes para llegar hasta ahí, no tenía dinero. La casa a la que llegué era de tres pisos; en el primer piso, quedaba el restaurante, en el segundo, había tres habitaciones arrendadas y mi habitación, cuyo valor me descontaban del sueldo. En esta, solo había un colchón inflable, que fue mi cama durante la estadía en Barranquilla. La comida también era descontada. En mi ingenuidad con respecto a este tipo de trabajos y sus condiciones, no me percaté del callejón sin salida en el que me había metido.

Al ser un negocio incipiente, las proyecciones estaban muy alejadas de la realidad. Recuerdo que la primera quincena que recibí fue de \$200 000 mil pesos y ya les debía más de la mitad por los pasajes. Ahora trabajaba más, pero ganaba menos. Era absurdo. Sin embargo, comprendí el día a día de un colombiano, la zozobra en la que vive, y que algunas personas se aprovechan de la necesidad de otras.

A pesar de que trabajaba todo el tiempo, los ingresos no llenaban mis expectativas, así que comencé a hacer otras actividades: vendía postres y hallacas por todo el pueblo en los momentos libres. Una amiga me recomendó en un colegio donde necesitaban un profesor para dictar clases de educación física. Como pude, logré que me cubrieran en el restaurante y fui a la entrevista. La directora era muy amable, me puso a prueba, luego que vio mi trabajo, le gustó y comencé a dar clases dos veces a la semana, toda la mañana, con los diferentes grupos.

Transcurrió el tiempo en Barranquilla y la situación se puso tensa en el restaurante. A los jefes no les parecía rentable; ellos estaban en Bogotá y comenzaron los conflictos, los ajustes y las humillaciones. Hubo un momento en que ya no podía más, me cuestionaba si valía la pena sacrificar tantas cosas por dinero. Una de las razones que me dio el valor para decir basta, fue el hecho de estar irregular, mi pasaporte ya se había vencido, no veía futuro; si me quedaba, no podría avanzar en ningún aspecto, la gente se aprovecharía de mi condición para pagarme lo que quisiera. Así que decidí volver a Venezuela para sacar de nuevo mi pasaporte.

Esta vez, para volver a Venezuela, pasé por la frontera de Maicao. No hubo mucho problema para ingresar al país, solo demasiadas alcabalas (retenes), en las que revisaban todo lo que teníamos en las maletas. Cuando llegas a Venezuela, el primer impacto es por el valor de las cosas; es incalculable cómo la inflación deteriora la economía. Regresé con nada entre las manos, pero con la emoción a flor de piel de ver de nuevo a mi familia; esos momentos valen más que todo el dinero que podemos llevar con nosotros: mi familia estaba feliz de tenerme en casa. Llegué con muchas ganas de salir adelante en Venezuela, a pesar de la situación.

Pero, al transcurrir los meses, vi cómo nuestra sociedad se deterioraba más y más, no era aquella en la que crecí, ya todo había cambiado, la gente ya no sonreía, las preocupaciones eran otras, el dilema de todos los días era en qué supermercado hacer cola para adquirir algunos productos de la cesta básica. Los proyectos que iniciaba, fracasaban por la inconsistente economía. Era una locura todo eso. Poco a poco fui perdiendo peso, ya la ropa no me quedaba, llegué a pesar 54 kilogramos; a pesar del esfuerzo que se hacía para poder comer, era deprimente ver a mi familia y amigos pasando trabajo. Esto te desgarrar por dentro, ver cómo la gente moría por la carencia de medicinas.

Solicité mi pasaporte, pero, al cabo de varios meses, no obtenía respuesta. Para agilizar el trámite pagué por el pasaporte *express*, que era toda una lotería; era increíble ver que había personas a las que le llegaba el pasaporte de una vez y otras que debían esperar meses o años. Gracias a Dios, el sistema funcionó conmigo y al cabo de una semana estaba retirando el pasaporte. Recuerdo que cuando tuve el pasaporte en mis manos, lloré porque sabía que podía tener más oportunidades fuera del país.

A pesar de todas estas situaciones difíciles que vivíamos día a día, seguí entrenando con mi equipo en Trujillo y haciendo lo que me

apasionaba; esta vez, la meta era llegar a la Copa Libertadores 2017, que se celebraría en Paraguay. Este equipo era una familia, nos apoyábamos mucho, lo que llevó a Trujillo a coronarse campeón en la Liguilla Nacional, por lo cual, obtuvimos el cupo para viajar a la Copa Libertadores.

Esto demuestra que, a pesar de las adversidades, no podemos dejar de luchar por nuestros sueños, dejar de hacer lo que nos apasiona. Ese año viajamos a Paraguay en contra de cualquier pronóstico. En la competencia, obtuvimos el tercer lugar y el premio *Fair play*, "Juego limpio". Esta era la recompensa a todo el esfuerzo durante años de trabajo constante.

Luego de este viaje, me contactaron a través de un amigo para irme a Ecuador y trabajar en una academia de fútbol que iniciaría sus actividades; aunque yo no conocía al profesor, pensé que era una buena opción, pues, por más que intentara salir adelante en Venezuela, la inflación y las políticas económicas erradas del Gobierno no me dejaban avanzar. Mi familia no quería que me fuera, no querían sentir de nuevo ese dolor. Yo tampoco quería irme, volver a vivir ese dolor de separarnos. Sin embargo, era la única salida disponible.

En esta nueva etapa de mi vida, salí de Venezuela por cuarta vez, con la convicción de que en esta ocasión las cosas saldrían mejor; me sentía más preparada para afrontar las dificultades. Pero el problema ahora eran los pasajes; el profesor se ofreció a enviármelos, pero no podía recibirlos en Venezuela, porque me los darían a la tasa que el Gobierno estipulara, lo cual no me serviría de mucho.

Una amiga que se había ido a jugar en un club aficionado en la ciudad de Tunja, en Colombia, se ofreció ayudarme. Hablaría con el presidente del club para que me recibiera por unas semanas y, en contraprestación, yo jugaría con ellos. De esta manera, podría recibir los pasajes para llegar a mi destino final que era Ecuador. Con el poco dinero que pude reunir, algunos bolívares y 30 dólares en el bolsillo, emprendí un nuevo viaje, esta vez a la ciudad de Tunja, con destino final en Ecuador. El paso por la frontera de San Antonio del Táchira, en esta ocasión, fue toda una hazaña. La cantidad de personas que había era impresionante, ya no ponían tanto problema para sellar el pasaporte, pero ahora el tiempo de permanencia en la cola para pasar por los puestos de control migratorio y conseguir sellar el pasaporte era interminable.

Llegamos a la 10:00 a. m. a la frontera y a las 4:00 p. m. pude obtener el sello. Sentí un alivio inmenso, podía estar tranquila por lo menos

los primeros 90 días que me daban. Al llegar a Tunja, me enamoré de la ciudad, nada comparado a los lugares en los que había vivido en Colombia; aunque no estaba acostumbrada al frío, poco a poco comencé a tolerarlo. Me parecía hermosa, la tranquilidad, su cultura, la educación y el respeto que existe, es una población muy acogedora.

Después de hablar con el profesor de Ecuador, comencé a notar que no era claro en muchas cosas, así que desistí de viajar a ese país, por seguridad. Al terminar el torneo con el club, decidí quedarme en Tunja. Comencé a trabajar en un restaurante, pero no era lo que me gustaba, se cometían muchas injusticias y humillaciones no solo conmigo, sino con el resto de los empleados; esto era algo que no compartía ni justificaba. Respeto profundamente a las personas que trabajan en restaurantes, es un trabajo duro y desgastante, cuyo esfuerzo es poco reconocido, especialmente, en el caso de las cocineras.

Para la temporada de diciembre me ofrecieron trabajar en el Puente de Boyacá, vendiendo folletos de historia; acepté el reto y me encantó, pues en este sitio pude conocer lo hermosa que es la historia, cómo Colombia y Venezuela están estrechamente ligados y compartimos una historia y un mismo Libertador.

Ese diciembre no pude viajar a pasar las festividades con mi familia; era la primera Navidad sin ellos, fue algo traumatizante, ya que somos una familia tradicional, con costumbres para celebrar estas fechas. Recibí el año nuevo con mi familia al otro lado del teléfono, llorando por no poder darles un abrazo. Son situaciones que poco a poco te endurecen, a fin de no pensar; así que procuras estar ocupada la mayoría del tiempo, para que no te duela tanto y la nostalgia no te abrume.

En enero del 2018, un amigo que era profesor me recomendó en un colegio en el centro de la ciudad, en el que necesitaban a un docente de educación física. Llevé mi hoja de vida y ese mismo día me hicieron la entrevista; el director fue muy amable, le gustó mi filosofía de enseñanza y me dijo que me contrataría la próxima semana, que llevara los papeles. Me sentía feliz, por fin las cosas estaban saliendo bien; por medio de ese trabajo, podría sacar mi visa, pues, para febrero de ese año, debía abandonar el país de nuevo: ya estaban próximos a vencerse los 180 días reglamentarios. El día que iba a firmar contrato, me pidieron la afiliación a la EPS; debido a mi estatus migratorio, no podían afiliarme, así que desistieron en mi contratación. Por más que insistí en que me dieran un

tiempo para resolverlo, no quisieron, así que, de nuevo estaba en el aire, sin un trabajo fijo.

Pasaban los días y había rumores de que otorgarían un nuevo Permiso Especial de Permanencia. Ya se acercaba el día en que se me vencían los 180 días reglamentarios: debía salir el 8 de febrero. Para mí, esa sensación de que te quedan pocos días es semejante a cuando un médico te dice te quedan ocho días de vida; te da una gran ansiedad e incertidumbre, no sabes qué hacer. El 6 de febrero anunciaron que a las personas que ingresaron al país de manera reglamentaria antes del 2 de febrero se les otorgarían el Permiso Especial de Permanencia. Ese día sentí que volví a nacer en este país, lloré de alegría, porque todo ese sacrificio había valido la pena, ya tenía un estatus migratorio, el cual me daba derecho a la educación, la salud y el trabajo.

Gracias a mi anterior trabajo, había logrado reunir un dinero para sacar la visa de estudiante. Recorrí los institutos tecnológicos de la ciudad y traté de que me aceptaran en uno; el único que me prestó su ayuda fue el Centro de Formación Técnico-Laboral de Tunja (Cotel). Su director, el señor Luis, muy amable y solidario con la problemática que estamos pasando los venezolanos, me recibió y me dio condiciones especiales de pago. Ya con el Permiso Especial de Permanencia, no tenía necesidad de sacar la visa. Me inscribí en el programa de Salud Ambiental, quería incursionar en otra área del conocimiento, que me brindara un amplio campo laboral. Actualmente, estoy becada y curso el tercer semestre en esta institución.

También tuve la oportunidad de dar clase en un colegio de Tunja como suplente, a niños de prejardín, jardín y transición. Esta experiencia fue abrumadora, debido a que el choque cultural fue muy fuerte, me sentía como una niña más, que aprendía todo desde cero, la historia, la geografía, las ciencias sociales, etc. La directora era muy rígida en su sistema, los niños aprendían, pero era todo muy sistematizado, todo debía estar controlado y se les enseñaba siempre como si fueran niños de primero o segundo grado. Esto ocasionaba un alto nivel de estrés al profesor a cargo, quien no tenía tiempo para nada más. Lo anterior me hizo reflexionar acerca del sistema educativo colombiano, de lo cual surgen las siguientes apreciaciones en torno a la educación tanto en Colombia como en Latinoamérica.

Conclusión: reflexiones pedagógicas de una maestra migrante

En su sistema educativo, Colombia tiene falencias, como ocurre en todos los países. El estilo de vida de un colombiano promedio es complejo, su día a día está lleno de incertidumbre, trabaja jornadas extensas para poder cumplir con todas las obligaciones que acarrea tener familia: pagar servicios, arriendo, comida, transporte, impuestos, la matrícula de los niños, entre otros.

En este sentido, Colombia ha permitido que la educación se convierta en un negocio y las instituciones educativas, en guarderías de tiempo completo, donde los padres dejan los niños en la mañana y los recogen al finalizar la tarde. Esto es comprensible, dada la carga laboral de los padres, aun cuando deja una brecha grande que afecta a los más vulnerables (los niños) y ocasiona la pérdida de valores en las familias, lo que deteriora aún más la sociedad. Actualmente, hay muchos niños solos, carentes de amor y comprensión; los hogares, que son el lugar en donde deberían encontrar dichos elementos, son cada día más fríos para ellos.

En Venezuela, la sociedad se ha deteriorado completamente; el atraso académico generado por la nefasta situación económica es evidente. Anteriormente, los profesionales venezolanos eran admirados en los demás países por ser pioneros en algunas áreas; hoy en día, llevamos la sombra de la dictadura en nuestras espaldas. Luchamos día a día para sobrevivir y debemos dejar a un lado la importancia de estudiar, de crear y de soñar. La reconstrucción de Venezuela será dura, pero debe comenzar por la reestructuración del sistema educativo: el cambio está en los niños, que comienzan a creer de nuevo en un país libre, capaz de brindarles la seguridad necesaria para hacer realidad sus sueños.

En la actualidad los sistemas educativos son obsoletos, es necesario cambiar nuestra manera de enseñar, buscar métodos innovadores que impacten estas generaciones de relevo. Es de crucial importancia que los docentes y las instituciones educativas entiendan esto, tomen cartas en el asunto y comprendan que el futuro de cada nación está en la educación de nuestras generaciones. Si a los niños se les enseña corrupción, eso es lo que va a tener el país por décadas. La educación es un derecho indiscutible de cada ser humano, el futuro de la educación está en las manos de los docentes, de las instituciones educativas, de la familia, de la sociedad en general. Esta es un labor dura, pero merecedora de reconocimiento en cada país, pues es la respuesta para superar las adversidades existentes.

Uno de los grandes problemas en Latinoamérica es que la educación no ha recibido el valor indiscutible que merece, asimismo, los docentes, quienes no reciben salarios dignos y son presionados e incomprendidos en un sistema totalitario, que pareciera querer crear zombies. En esta lucha, se ha impuesto un sistema de educación en el que los docentes deben seguir una misma receta para todos los estudiantes: algo imposible, porque cada ser humano es diferente, aprende y tiene habilidades distintas. En razón a esto, hay tantos docentes frustrados, que se sienten presos de esta pedagogía y llevan una carga extenuante, que deriva en una sensación de orfandad. Su labor ha pasado desapercibido, no es reconocida por nadie.

En mi trabajo docente he sentido la presión impuesta por parte de las instituciones educativas, del sistema educativo, de los padres y de los mismos estudiantes. En los últimos tiempos, todo esto ha sido abrumador. Los profesores nos sentimos solos en una sociedad que cada vez exige más y más, sin retribuir idóneamente el esfuerzo, sacrificio y trabajo.

Hoy, como docente migrante, veo más claras las falencias de nuestra educación, la necesidad de prepararnos mejor para que el aporte a estas nuevas generaciones sea significativo y podamos crear conciencia, cultivar valores y ser críticos, no simples autómatas que se encargan de transmitir contenidos temáticos. El docente de esta nueva generación debe ser un líder, una persona íntegra que refleje los valores que transmite, con una pedagogía innovadora, llena de creatividad, de impacto, que trascienda en cada uno de sus estudiantes y los llene de amor, de esperanza, de sueños, para que sean los generadores de cambio en la construcción de un mundo sin paradigmas y puedan romper esquemas.

En el ámbito de la docencia, la migración puede afectarte positiva y negativamente. Por el lado positivo, te hace un docente más sensible a las necesidades del educando y la sociedad, forja tu carácter ante las adversidades, te vuelve recursivo, pules tus virtudes como docente, muestra tu lado más humanista y te expone como ejemplo de superación. A su vez, por el lado negativo, te genera un gran nivel de estrés, porque tienes que volver aprender todo desde cero, y un fuerte choque cultural que a veces ocasiona problemas; asimismo, también afecta el tipo de lenguaje que utilizas. El proceso de adaptación es un poco duro, de acuerdo a la institución y a los directores presentes en ese momento.

Durante el proceso vivido en Colombia, he podido mantener claras algunas cosas: nunca dejar de luchar por mis sueños, no perder mi esencia, lo que soy, sin importar las circunstancias y necesidades que tenga día

a día. Como docentes venezolanos debemos crear nuestras propias oportunidades y aportar nuestra esencia, talentos y conocimientos en los países que nos reciben.

Actualmente, ha pasado un año y dos meses sin ver a mis padres y mi hermana, que sufrió un accidente en el que casi pierde la vida, pero del que, gracias a mi Dios, se pudo recuperar. A mi hermano lo pude traer hace cuatro meses, fue estupendo volver a verlo y brindarle la oportunidad de tener otro estilo de vida. El resto de mi familia está en Venezuela, algunos de mis primos están viviendo en diferentes países de Latinoamérica. Tengo la certeza de que lograremos reunirnos en algún momento en nuestra amada Venezuela y construir un nuevo país desde los aprendizajes adquiridos en los diferentes lugares en que vivimos. Solo Dios sabe cuándo llegará ese momento de retornar, pero estoy segura de que Venezuela se levantará de las cenizas y será una potencia en el mundo.

En esa medida, es importante destacar la perspectiva positiva de la migración, cuando contribuye al crecimiento de las naciones. Los venezolanos debemos enfocarnos en dar lo mejor de nosotros, en los países receptores, que nos dan la oportunidad de crecer y avanzar en sus territorios. Los docentes migrantes debemos absorber el mayor conocimiento e ir estructurando el sistema educativo que queremos implementar en nuestro país, pues esta es la única manera de avanzar en la transformación social que necesita Venezuela.

Es preciso empezar a construir el país a partir de ahora, debemos prepararnos para el día en que podamos retornar y llegar con propuestas claras y efectivas, que nos ayuden a renacer de las cenizas. Dejar de soñar con volver a ver una Venezuela libre y próspera no es una opción. Los sueños se pueden hacer realidad, si lo creemos desde el corazón. La fe es la certeza de los imposibles. Los buenos somos más.

Referencias bibliográficas

Cámara Venezolana de Educación Privada, *La transformación del sistema educativo Venezolano*, [en línea]. Cerpe, 2014. [http://www.cerpe.org.ve/tl_files/Cerpe/contenido/documentos/Calidad%20Educativa/Propuesta%20Cavep%20a1%20ME%20\(2\).pdf](http://www.cerpe.org.ve/tl_files/Cerpe/contenido/documentos/Calidad%20Educativa/Propuesta%20Cavep%20a1%20ME%20(2).pdf) (Consultado el 10 de octubre de 2018).

Creative Commons (CC). *Reflexiones sobre educación y su importancia*. Educación 2.0, [en línea]. 2018. <https://educacion2.com/reflexiones-sobre-educacion-y-su-importancia/> (Consultado el 10 de octubre de 2018).

- Klaric, Jürgen. *Un crimen llamado educación*, [en línea]. 2017 <https://www.youtube.com/watch?v=7fERX0OXAIY> (Consultado el 12 de septiembre de 2018).
- Murrian, Elizabeth, Farid, Nubia y Vargas, Yamile, *Cuatro reflexiones sobre la docencia*, [en línea]. 2017. <http://www.elsevier.es/es-revista-repertorio-medicina-cirugia-263-articulo-cuatro-reflexiones-sobre-docencia-S0121737217301085> (Consultado el 15 de octubre de 2018).
- Quiñones, Alfonso, *Comparación de los sistemas educativos latinoamericanos*. Slideshare, [en línea]. 2012. <https://es.slideshare.net/alfvigo/analisis-de-la-educacin-en-latinoamerica> (Consultado el 15 de octubre de 2018).